

meros y lo que hay de risueño y atractivo en lo bello a los segundos; compartiendo ambos su capacidad para el sentimiento de lo bello. Los españoles, alemanes e ingleses parecen más dotados para el sentimiento de lo sublime, siendo propio de los españoles lo sublime terrible, de los ingleses lo extravagante y de los alemanes lo noble o magnífico (Cuarta Sección).

Más tarde, en 1798, Kant publicará la *Antropología en sentido pragmático*, obra en la que volverá a ocuparse del sentimiento de lo bello y de lo sublime (Libro Segundo) integrándolo en la filosofía crítica también desde la perspectiva empírica propia de «*Observaciones...*», e incluso con carácter accesible para el público en general, puesto que precisamente el carácter pragmático de la Antropología viene a significar un estudio sobre «lo que él mismo (el ser humano), como ser que obra libremente, hace o puede y debe hacer, de sí mismo».

La edición que nos presenta Alianza Editorial cuenta con la agradable ventaja de incluir una interesante introducción en la que el Dr. J. L. Jiménez Moreno nos proporciona las claves y el contexto para entender mejor el sentido de la obra. Igualmente podemos contar con información adicional en las notas incluidas, donde no sólo se nos aclaran términos equívocos o elecciones del traductor, sino también alusiones a hechos y personajes de la época. Por su carácter de edición de bolsillo cuenta con la posibilidad de una gran difusión que sería deseable para popularizar la obra de Immanuel Kant conocido siempre como un autor difícil propio de especialista y ajeno al lector medio. Esperemos que esta obra ayude a cambiar esa opinión no justificada cuando se trata de sus obras «menores».

M. Isabel DOÑATE ASENJO

C. SCHILLER, J.C.F.: *Escritos sobre estética*, Edición y estudio preliminar de Juan M. Navarro Cordón, Tecnos, Madrid, 1991, 249 páginas.

Ya desde el comienzo, en su estudio preliminar, Navarro Cordón señala las claves interpretativas de la filosofía estética de Schiller: la belleza como unión y expresión de lo sensible y lo suprasensible y como realización última del ideal de la humanidad. En ese estudio de 45 páginas, Schiller se nos aparece reivindicando su lugar en la historia de la filosofía y desentrañándose como plenamente actual a través de sus escritos. Nos encontramos ante una estética afinada en la libertad y que tiene sentido ontológico. Su radicalidad surge de la naturaleza y se desarrolla en forma de ética o libertad para luego unirse a otras libertades en la política y en la historia. Este pensamiento fuerte acerca de lo bello aparece aquí en un Schiller filósofo que dialoga con Kant; y un Schiller poeta que desde su arte se enfrenta a la totalidad para encontrar su unidad.

Calias o sobre la belleza, Sobre la educación estética del hombre, Sobre lo patético, Sobre lo sublime y Sobre el uso del coro en la tragedia constituyen los textos principales donde se encuentra expresada la filosofía estética de Schiller. En la traducción de estos escritos se ha buscado la máxima fidelidad a los originales en alemán, hasta el punto de que en algún momento la lectura en castellano resulta difícil precisamente por el deseo de exactitud. En esa misma órbita de rigurosidad, Navarro Cordón disecciona cada uno de los textos después de haberlos enmarcado en su época y en las consecuencias que para nuestro tiempo han llegado. Para ello nos muestra a Schiller

en el esplendor que tuvo en su época y la influencia que ejerció en todos sus coetáneos. La búsqueda de una superación para todas las escisiones y el *Primer Programa de un sistema del idealismo alemán* hace una bandera de las proposiciones schillerianas. Hölderlin, Schelling y Hegel encuentran en su juventud la idea que unifica a todas las otras: la idea de belleza, el acto supremo de la razón como un acto estético, la verdad y la bondad que son hermanadas sólo en la belleza. Pero los desarrollos posteriores del idealismo alemán ocultarán con su fulgor el brillar originario de Schiller. Este fuego primero quedará enterrado por la interpretación posterior, y sin embargo su interés se acrecienta al contacto con nuestro siglo cuando se encuentra en este pensamiento una belleza que no se reduce a la subjetividad, sino que tiene una base ontológica. Schiller no se reduce entonces a ser un pensador de transición entre el idealismo subjetivo y el objetivo, ni a un mero discípulo de Kant, sino que se impone como un pensador original que encuentra en la belleza la superación de todas las divisiones que quedaron en Kant: sensibilidad-razón, ser-deber ser, felicidad-moralidad, naturaleza-libertad...

Schiller es el primero en emprender el camino del idealismo objetivo, y sus primeros pasos caminan sobre Kant; le parece haber encontrado un principio objetivo de lo bello y del gusto, del que Kant desespera, y que se legitima por la naturaleza de la razón, *a priori*, sin necesidad de un pronunciamiento de la experiencia. Y una vez encontrado ese punto, procede a la búsqueda de la unidad, la unidad de la belleza como algo objetivo y clave, como la superación última, lo sublime, que resuelve todos los contrarios.

La unidad que encontramos por medio de la estética de Schiller aparece al final del s. XX como un punto de vista admirable. Ante una postmodernidad de pluralidades que no cesan de disgregarse, la propuesta de una unidad que se enraiza en la libertad no deja de ser llamativa. De ahí la necesidad de reinterpretar a Schiller para dialogar con nuestro presente; su propuesta parece afirmarse como la solución de la dispersión. Dispersión y pluralidad que cuando no hay síntesis tiende a verse como exterioridad, como superficie. La libertad sería esa profundidad que une libertades en un arte profundo, no meramente subjetivo, sino un mundo donde la belleza dice libertad y libertades desde su ser ontológico. Algo así no puede padecer la indiferencia en un tiempo en el que el pensamiento estético se impone en el panorama filosófico occidental, y donde, por otra parte, la comprensión de lo bello se ha visto reducida a un epifenómeno sensorial, a menudo carente de sentido alguno.

Navarro Córdoba discrepa de la interpretación de Gadamer cuando nos muestra a un Schiller dual. Ya Hegel advirtió el afán de unidad que Schiller encuentra en la idea de lo bello artístico. Unidad de lo general y lo particular, libertad y necesidad, lo espiritual y lo natural como principio y esencia del arte. Pensamiento que Schelling, el filósofo del romanticismo por antonomasia, reelaborará más tarde para ponerlo en la cima de su sistema. Unidad de lo consciente y lo inconsciente, lo real y lo ideal, necesidad y libertad... Pensamiento que, como el de Schiller, también fue dejado a un lado ante el retumbar de Hegel con su razón demoledora. Filosofía de lo bello que es ahora cuando parece resurgir con más fuerza. Lo bello en Schiller es unificación de lo sensible y lo suprasensible. Un unir que no destruye las diferencias, ya que su realidad ontológica tiene la forma de la libertad; una unidad que se basa en la pluralidad de las libertades, es decir, una unidad que alberga en sí la dispersión. Por ello Taminioux habla de esa ambigüedad en Schiller, la duda entre una filosofía del ser o de la recuperación, la naturaleza como despliegue del ser o como objeto del entendimiento, etc. Son los contrarios que son asumidos a la vez en la unidad; más que duda podría ha-

blarse de fusión, mezcla o síntesis. Síntesis que mostrada en su radicalidad ontológica aparece luego en todos los estadios de la especulación.

La unidad de belleza viene a resolver los problemas de la eticidad y la política. La unidad viene para resolver la «modernidad como totalidad escindida, atomizada y hecha añicos»; (Carta VI). Pero no unificando o eliminando las diferencias y las libertades, precisamente al contrario, desde la libertad. Schiller quiere «trocar y cambiar el Estado de la necesidad por el Estado de la libertad» (Carta IV). El fuego revolucionario de Schiller es estético, un arte que Habermas ha señalado como «razón comunicativa». Así, si encontramos muchos modos de hacer arte y encontrar lo bello, Schiller señala como la «obra de arte más perfecta que cabe: el establecimiento de una verdadera libertad política» (Carta II). Un arte que supone un comportamiento ético y estético, el arte de cada libertad y cada conocimiento. Una educación estética imprescindible en una época de fragmentación y alienación social. Lo mismo por lo que hoy claman muchos artistas y pensadores, esa educación estética que grita el escultor Oteiza: una sociedad que sepa encontrar lo bello en cada parte del universo. Y este pensar que se nutre del s. XIX remite a una unidad más primaria. Schiller hace una crítica radical a su tiempo porque él tiene presente la unidad frente a lo que se desmorona por contradicciones. Schiller ha eliminado la tiranía represiva de la razón sobre la sensibilidad de la que habla Marcuse; en lo bello coincide lo sensible y lo inteligible. «El gusto es lo que introduce armonía en la sociedad, porque infunde armonía en el individuo. Cualesquiera otras formas de representación separan a los hombres, porque se fundan exclusivamente, o en la parte sensible o en la parte espiritual del ser humano; sólo la representación bella hace un todo del hombre, porque en ella han de coincidir ambas naturalezas. (...) sólo la comunicación de la belleza unifica la sociedad, porque se refiere a lo que es común a todos» (Carta XXVII). Está claro que no se habla de una belleza como adorno o entretenimiento cultural, sino una belleza que empapa en su profundidad la totalidad del hombre y de todos los hombres, que remite a todo y por ello no tiene contrarios. Y este sentido de unidad o belleza remite a una unidad aún más profunda, lo bello como lazo de Naturaleza y Libertad. Belleza que consiste en ser forma de una forma, libertad en el fenómeno.

Por un lado la naturaleza, «lo que es por sí mismo», «aquello por lo que una cosa determinada llega a ser lo que es», y por otro lado la libertad, «autodeterminación». Pero «la libertad misma es un efecto de la Naturaleza» (Carta XX), «un regalo de la Naturaleza» (Carta XXVI). Y ese regalo, esa dicotomía que se encuentra en Kant se hace plenamente contemporánea en un mundo que piensa desde la libertad y vuelve a la naturaleza. En la naturaleza encontramos objetos con los que despierta «la capacidad de sentir lo bello y lo sublime», y «el arte tiene todas las ventajas de la naturaleza sin compartir con ella sus cadenas» (Sobre lo sublime). Que recuerda mucho al Schelling que hacía culminar la naturaleza en arte donde la libertad recogía todo lo desplegado por el camino. La belleza es también «un regalo de la Naturaleza» (Carta XXVI) y se sitúa en el plano de la libertad, pero desde y con la naturaleza; no sólo como un opuesto a ella sino conjugando ambos mundos. Ahí ya no hay nada que sea medio hacia otro algo; todo es un fin en sí mismo a través del gusto; en la estética no puede tolerarse el yugo. «En el mundo estético todo ser de la naturaleza es un ciudadano libre que tiene iguales derechos que el más noble, y ni siquiera por mor del todo es lícito forzarle». Porque la belleza es unidad que no aplasta; se busca y se necesita la totalidad como algo que dé sentido y unidad, y como una solución última a todos los conflictos, y como una síntesis; pero —y aquí está nuestra postmodernidad— las partes reclaman su propio sentido, y no pueden ser aplastadas hegelianamente por el todo.

La belleza es unidad plural, es libertad de libertades, y cada ser dentro de la totalidad responde como lo que es, no solamente como medio hacia el todo. Así, en una comunidad social y política, si hay libertad, el todo «no es sino el resultado de la libertad de los individuos».

En el arte se ve claramente la fuerza configuradora de la imaginación que obra como liberadora al dar espacio a lo nuevo, ampliar los límites, crear nuevos ámbitos. Por eso el arte «consiste en la libertad» (Sobre el uso del coro en la Tragedia). Por eso, gracias al arte, «el hombre es el ser que quiere», «ningún hombre 'tiene que'» (Sobre lo Sublime). El hombre es absolutamente libre en la esfera de lo estético, y fuera de esa totalidad, se ve constreñido por las necesidades de la naturaleza.

Schiller apunta ligeramente a otros modos de racionalidad, aunque sin entrar directamente en ello; precisamente a través del arte. Ahí está «la imposibilidad absoluta de explicar mediante leyes de la naturaleza la naturaleza misma». Por eso se va «del mundo de los fenómenos al de las ideas, de lo condicionado a lo incondicionado» (Sobre lo Sublime). Es el «lugar» de la libertad, incondicionada, sin porqué. Y si todo se rige por la libertad y ésta es la clave de la totalidad, será inútil buscar un porqué al sin porqué. Nos encontraremos con el fin en sí mismo, sea lo que sea, pero eso es todo; libertad es belleza y lo sublime, y eso es totalidad. Luego para todo no hay un porqué... lo mismo que más tarde le sucederá a Schelling y que será máximamente sugerente en nuestro final de siglo cuando hemos visto profundamente los irracionalismos y los pensamientos del absurdo, cuando se plantea constantemente si hay otros tipos de racionalidad o distintas lógicas en filosofía, etc.

Una estética que es libertad es una unidad plural que respeta cada forma según ella es. Esto es importante cuando se relaciona estética y moralidad. Lo estético no depende de lo moral porque no depende de nada, y suena muy distinto de lo que Kant proponía. Lo estético tiene independencia respecto a lo moral, tiene su propio significado ontológico. Porque «el enjuiciamiento moral y el enjuiciamiento estético, muy lejos de apoyarse uno en otro, más bien se contrarrestan, por darle al ánimo dos direcciones del todo opuestas» (Sobre lo Patético). La estética atiende a la libertad. «De ahí que sea una confusión manifiesta de límites cuando se exige conformidad moral a fin en cosas estéticas y cuando, para ampliar el reino de la razón, se quiere desplazar a la imaginación de su esfera legítima» (Sobre lo Patético). Textos en los que sobresale la universal actualidad de la relación entre libertad artística y moralidad, más aún cuando hoy se plantea críticamente el significado de la censura política, moral, etc. La libertad excluye cualquier violencia.

Lo estético es lo profundo del ser que se nos revela, la mostración del ser y del sentido de la realidad. El mundo del arte y de lo bello tienen una naturaleza ontológica, no es sólo cognoscitiva ni fenoménica. Por eso es una realidad en ningún caso accesoria. Por ser en la esfera de la libertad y la totalidad, no puede interpretarse solamente como un esteticismo vacío ni según las proposiciones del «l'art pour l'art». No es un desvincularse del mundo para huir al gracioso mundo de lo imaginado y creativo, sino precisamente para zambullirse en el mundo y entrar en los arcanos de la naturaleza. Esa armonía de lo estético como principio y fin de todo resulta chocante a veces con las prácticas habituales del mundo contemporáneo. Lo bello reducido a objeto de consumo, a medio de placer sensible... Como contraste para repensar la estética aparece el pensamiento de Schiller que se implanta en la tragedia, donde se alza el valor de la libertad por medio de la autonomía y no como en la comedia a través de la indiferencia moral. Actualidad que hoy revierte en el teatro que consume a diario la mayor parte de mundo civilizado: el cine. Pero no como un entretenimiento supérfluo sino

como una función veritativa y reveladora que enlaza con los fundamentos de la libertad. Por eso la belleza es una segunda creadora. No permanecemos en los límites de lo establecido por la naturaleza o la historia, sino que nos abrimos a la posibilidad; «la verdad poética no consiste en que algo haya ocurrido realmente sino en que puede ocurrir» (Sobre lo Patético): de ahí que Heidegger piense que en Schiller más alta que la realidad efectiva está la posibilidad» (Ser y Tiempo).

Lo sublime es la culminación del arte, donde se expresa el destino último del hombre; lo sublime «nos proporciona una salida del mundo sensible, dentro del que lo bello querría maternos siempre prisioneros» (Sobre lo Sublime). Más allá de lo sensible, de los límites propios; superar cualquier frontera. «Sin lo bello habría un perpetuo conflicto entre nuestra determinación natural y nuestra determinación racional. (...) Sin lo sublime la belleza nos haría olvidar nuestra dignidad» (Sobre lo Sublime). Quedaríamos encadenados al goce de lo sensible; gracias a lo sublime podemos ir a la naturaleza o a lo racional sin ser por ello sus esclavos, con el dominio propio. Se trata de saberse suprasensibles para no ser esclavos de lo sensible y saborearlo sin depender. Por encima de la naturaleza. Y así la tarea más alta del arte es hacer felices a los hombres, el goce supremo, saborear la libertad con todas sus fuerzas vivas. El arte está consagrado a la alegría. No superfluamente, hedonistamente, sino desde la profundidad del hombre, incluso por medio del dolor, como en la tragedia, superado por la resistencia moral: ahí lo sublime como patético. Hasta la muerte puede, por lo sublime, ser querida, anulando su necesidad y queriéndola en libertad. Y así el hombre sin llegar a ser un dios que no puede sufrir, puede ser héroe, hombre divino, dios sufriente (Tragedia y Comedia).

Un pensador que dialoga con los problemas más candentes de nuestro tiempo y que, como Vivaldi o Bach, forma parte de aquéllos —pocos— que son escuchados después del silencio de los siglos más que en el ronroneo lejano de un presente continuo.

Agustín FERNÁNDEZ DÍEZ

SCHILLER, F.: *Kallias. Cartas sobre la educación estética del hombre*, Estudio introductorio de Jaime Feijóo; traducción y notas de Jaime Feijóo y Jorge Seca, Edición bilingüe, Barcelona: Anthropos; Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1990, CXLVI + 397 páginas.

La elaboración de una reseña bibliográfica obliga generalmente a buscar un cierto equilibrio entre la loa y la crítica que, acaso con más frecuencia de la deseable, sirve más para guardar las formas que para ofrecer al lector una opinión veraz y sincera sobre el equilibrio reseñado. En el caso presente no hay, sin embargo, peligro de incurrir en semejante actitud, puesto que puede reconocerse abiertamente que estamos ante una muy digna edición de las dos obras quizás más representativas del pensamiento de Schiller: el *Kallias* y las *Cartas sobre la educación estética del hombre*.

De entrada, es ya algo a descartar que se trate de una edición bilingüe, lo cual además de ser garantía, hasta en el peor de los casos, de que uno ha invertido bien al menos la mitad de su dinero, es también de gran utilidad, pues toda traducción, por buena que sea, se enriquece siempre en su confrontación con el original, e incluso tanto más cuanto mejor es. En este sentido, la lectura paralela del original resulta en el presente caso muy enriquecedora, como enriquecedoras son también las puntuales